

*y noche. Año de vida y luz. Dani ganó el año, señores, sin habilitar una sola materia. Aplausos para Dani. Yo lo perdí: culpa de Montecristo, supongo. Ése fue el año escolar que perdí, pero fue en realidad el año más ganado de toda mi vida, y nunca voy a olvidarte, año perdido y ganado”.*

El barrio, el colegio, la familia, sustentan esta novela para muchachos plena de humor y amor.

El jurado que le concedió el premio, considero, fue el mejor que hayan conseguido para otorgarlo, y el galardón ganado por el Evelio, fue el mejor que se haya ganado, por su dedicación, su trabajo, su constancia, por su lucidez y por su imaginación.

**hojas Universitarias.....**

## *Ariel/Ariele*\* de José Enrique Rodó

Emmanuela Jossa  
*Ensayista italiana*

Ariel, genio del aire y metáfora del sublime instinto de perfectibilidad, a pesar de su juventud y de su heroísmo inmortal, acaba de cumplir un siglo. Era febrero de 1900 cuando en Montevideo apareció *Ariel*, tercer volumen de *La Vida Nueva*, del uruguayo José Enrique Rodó. El libro tuvo un éxito inmediato, debido a la calidad artística y crítica del autor, por un lado, y al momento histórico y cultural que estaba viviendo América Latina, por el otro. Rodó pertenecía a la “Generación del novecientos,” y *Ariel* se integró perfectamente a los debates de la época acerca de los temas fundamentales para la cultura latinoamericana:

identidad, autonomía política y cultural, americanismo, planteamiento del futuro. Su original aporte a estos temas constituye su herencia, que sigue estando plena de sugerencias y fascinación.

La publicación de *Ariel* y de su traducción italiana *Ariele*, integrada por un amplio estudio crítico de la curadora Martha Canfield, es la confirmación de esta herencia todavía llena de interés. Consciente también del valor formal de la obra de Rodó, la curadora ha realizado un apasionado trabajo filológico sobre el texto en español, uniformando la ortografía, pero respetando siempre el léxico del autor.

En su introducción, la estudiosa subraya cómo después del éxito de *Ariel*, Rodó fue casi olvidado en los años cincuenta, en parte debido a las terribles acusaciones de Alberto Sánchez. Sin embargo, hoy se puede apreciar que sus verdaderos fundamentos éticos y estéticos nunca han decaído. Exaltando la necesidad de autonomía y originalidad culturales, Rodó explica también la necesidad del conocimiento de otras culturas y, al tiempo que invita a la acción, defiende la intimidad y la contemplación pasiva. Esta dialéctica representa, tal vez, uno de los elementos clave del texto: el rechazo del dogma, de las verdades todopoderosas (ejemplo paradigmático de esta actitud es la parábola de Gorgia en *Motivos de Proteo*). Es una actitud muy actual, acompañada por reflexiones acerca de la realidad de su tiempo. En efecto, el autor dedica mucho espacio a la relación con los Estados Unidos y su sistema cultural, aduciendo argumentaciones que, como muestra Martha Canfield, resultan todavía “sorprendentemente pertinentes”. Rodó duda, por ejemplo, que una gran cantidad de informaciones se traduzca en mayor conocimiento y sabiduría; rechaza el bienestar material como fundamento de la

vida; se pregunta si es justo que la energía gringa se pueda expresar fuera de cualquier definición moral e intelectual.

Frente a la profunda nostalgia por los valores espirituales que caracteriza nuestros días, el idealismo de Rodó recupera fuerza, interés y credibilidad. Si bien es cierto que el nuevo milenio parece haber llevado a cabo la unificación de la historia del planeta, también lo es que este proceso está acompañado por muchas “maldiciones”. Entre ellas, Milan Kundera subraya la maldición de la reducción: “La vida del hombre se reduce a su función social; la historia de un pueblo a algunos acontecimientos” De este modo, el ser cae en el olvido y la propia literatura queda reducida a un mismo orden constituido por el mismo estilo, las mismas formas, los mismos contenidos... Hace un siglo, Rodó nos comunicaba la necesidad de una literatura de ideas, seriamente comprometida. A través de la figura de Ariel nos invitaba a la recuperación de la fuerza de las ideas, precisamente en el nombre de una literatura que debe ser complejidad; esto es, debe oponerse al proceso de reducción con su juventud, con la agilidad del vuelo de Ariel.

**hojas Universitarias.....**